

Resulta interesante hacer notar como, a mediados del siglo pasado, en que las mujeres participan ya en forma decidida en la vida cultural e intelectual, empiezan igualmente a escribir obras sobre México. Sin duda, desde que Frances Calderón de la Barca descubre, a su manera, La vida en México, muchas otras viajeras extranjeras inspiradas y hasta cierto punto deslumbradas por el éxito de la Marquesa, se animan a imitarla y relatar sus experiencias en nuestro país. Surgen obras como las de Fanny Gooch, de Mrs. Alec Tweedle y, a principios del presente siglo, las de Edith Coues O'Shaughnessy.

Cuando el mundo comenzaba a percatarse de lo que acontecía en México, esta señora (que a la sazón era la esposa de Nelson O'Shaughnessy) encargado de negocios de los Estados Unidos durante el turbulento período de la dictadura huertista, publica sus libros sobre México: La Esposa de un Diplomático en México, Dias Diplomáticos y Páginas Intimas de la Historia de México.

La importancia de su obra radica principalmente en la defensa que hace de Victoriano Huerta y su desconcertante ataque a los constitucionalistas, a quienes designó con el epíteto de bandidos. Posiblemente sea ella la única persona quien, a través de una obra escrita, pretende defender a Huerta. No hay duda de

estilo de la llamada espera observante practicada por Wilson en 1913.

Su opinión sobre el mexicano es extremista y hasta arbitraria. De su observación durante su estancia en México llega a la conclusión de que existen tres tipos fundamentales de habitantes: el más importante, el aristócrata, cuya cultura y orígenes se remontan a la Colonia. Es éste, dice, el más afectado por las chusmas revolucionarias. Luego señala que, siguiéndole en importancia, está el grupo de los políticos quienes de hecho son los causantes de los problemas nacionales: "el político no es únicamente privilegio del suelo mexicano, sino que resulta una característica circunscrita a toda la América Latina donde rige tan sólo la ley del más fuerte" (1).

El tercer grupo, lo constituye el indio, a quien ella identifica automáticamente como el verdadero mexicano y: "como el hombre feliz, bigamo, padre de varias criaturas que vive plantando frijoles o hincado frente a un altar". (2)

Estos conceptos, que se nos antojan tan arbitrarios y categóricos, son muestra palpable del error tradicional anglosajón de identificar al indio como al mexicano. Dado que los norteamericanos no se vieron afectados por el fenómeno fundamental de nuestra nacionalidad: el mestizaje, les resulta difícil comprender que el mexicano como tal, no surge de la noche a la

rarse un caos total. La Revolución significaba muerte y desolación. Por tanto, el mexicano sólo estaba recibiendo "el castigo divino" disfrazado de Revolución.

Por otra parte, dedica gran parte de su obra a los hombres representativos del momento histórico que le tocó vivir: Madero y Huerta. En Madero cree ver reunidas la ineptitud y torpeza. Lo ridiculiza y hace notar que el problema principal no fue que la gente dudo de su honestidad sino de su capacidad para lograr la estabilidad política. Señala que Madero supo hipnotizar al pueblo con sus discursos y que con ello sólo contribuyó a crear imágenes falsas e irrealizables.

Victoriano Huerta es, a su juicio, el más realista de los presidentes que México haya tenido. Considera que su llegada al poder y el uso que hizo de éste (incluyendo sus crueldades y los medios de que se valió para sostenerse en él) resultan justificables. Con Huerta concluye el último momento legal en el gobierno mexicano.

Su intención, obviamente, es buscar la salvación histórica de Huerta. Racionaliza a tal grado que se atreve a asegurar que el Cuartelazo fue la única medida práctica para librar al país de la "zarzuela maderista" Huerta —dice la autora— tenía un deber para con la Patria, que lo obligó a conspirar contra Madero y



EDITH O'SHAUGHNESSY

MEXICO

tal cual es...

Edith O'Shaughnessy,
una interpretación

por EUGENIA MEYER



VICTORIANO HUERTA

que existen obras de la misma época, escritas por autores mexicanos, que a modo de auto-justificación, hablan de su afiliación al hueratismo; pero ninguna como ésta —creemos nosotros— que lo defiende en forma tan absoluta.

Cuando la primera de sus obras se publicó, poco después de la ocupación norteamericana de Veraacruz, (ya en pleno conflicto bélico mundial, cuando la política internacional del presidente Wilson empezaba a declinar), desató infinidad de comentarios, a tal grado que su esposo se vería obligado a renunciar al servicio diplomático. Al hacerlo, acusó abiertamente a Woodrow Wilson de haber obrado en forma equivocada hacia México; actitud que atribuyó principalmente a la incomprensión e ignorancia que éste tuvo de los problemas que afectaban a los mexicanos.

Precisamente fue esa falta de conocimiento y comprensión los móviles que llevaron a Edith O'Shaughnessy a escribir. Le preocupaba el país, su historia, sus hombres sobre todo y a través de un análisis intentaba lograr su reivindicación.

Su conocimiento de la Historia de México es bastante global: lee a Prescott, Bernal, Cortés y Alaman. Su historia pretende, ante todo, ser pragmática: intenta buscar y descubrir a los ojos de sus conciudadanos la realidad de México para evitar nuevas interferencias políticas del

mañana; que el suyo fue un doloroso alumbramiento de siglos.

Otro de los temas que más le preocupan es el religioso. Para ella, México no practica un catolicismo puro, sino una mezcla desconcertante de religión y fetichismo. Considera que los mexicanos han acoplado a sus necesidades la fe cristiana que sólo muy al principio era semejante a la europea. Esta religión "a la mexicana", la siente íntimamente relacionada a la vida del mexicano, su tragedia y su miseria.

Para la señora O'Shaughnessy, la Historia de México conoce dos grandes etapas: salvación o apogeo y traición o ruina. La primera la entiende como la Conquista, la salvación del indio quien sólo logró progresar en tanto duró la Colonia. A partir de ese momento se inicia la traición: la Independencia que llevó a México por todo un siglo de horrores y ruina total que se consuman con la Revolución.

El mexicano ha sido el causante del destino trágico de México. El es quien, con hilos invisibles de la ignorancia y la pobreza, "manipuló" la historia de México. En consecuencia, la Revolución representa tan sólo un fruto más de los desatinos cometidos por los hombres que acelerarán el fin. La Revolución es el paso último antes del desastre total. Tras el porfiriismo que a ella le resultaba un sistema próspero y adecuado para el país, sólo podía espe-

aceptar la presidencia pese a sus deseos.

Si analizamos detalladamente la personalidad de Victoriano Huerta a lo largo de los tres libros escritos por la señora O'Shaughnessy, podemos asegurar que su propósito oculto fue presentarlo como una víctima más de las circunstancias trágicas de nuestra historia.

El retrato que hace de Huerta —como hombre y como político— y que con los años habría de ser destruido, proporciona a la actual historiografía una posible explicación, hasta cierto punto loable, que ayude a justificar y comprender el por qué tantos hombres capaces y representativos de la Revolución colaboraron en un principio con la dictadura huertista.

Después de todo la idea no era en sí tan descabellada. No sería ésta la primera vez que México se valiera de una dictadura para recobrar la paz...

NOTAS

- O'Shaughnessy Edith:
A diplomat's wife in Mexico. Harper and Brothers Pub. New York and London. 1916.
Diplomatic Days. Harper and Brothers Pub. New York and London. 1917.
Intimate Pages of Mexican History. George A. Doran Publishers. New York. 1920.
(1) Intimate Pages. Pág. 310.
(2) Diplomatic Days. Pág. 280.